



HOGARES DON BOSCO

FORMACIÓN SALESIANA

ETAPA III

**DON BOSCO MAESTRO
ESPIRITUAL**

ORACIÓN

Lectura del Evangelio

DON BOSCO MAESTRO ESPIRITUAL

Don Bosco, en el oratorio de Valdocco, crea realmente una escuela de espiritualidad. En ella se forjó la vida cristiana y la santidad de muchos jóvenes y de los primeros salesianos. Y en ella se desarrolló y maduró también la misma espiritualidad y santidad de don Bosco. Su santidad es efectivamente, como comprendieron enseguida sus seguidores, una «santidad educadora» (Caviláis, 1953, p. 87).

Explica Desramaut que en el período postridentino del catolicismo occidental están presentes principalmente tres o cuatro corrientes espirituales de carácter nacional: la escuela española, la escuela francesa, la escuela italiana y la escuela flamenca. La andadura y la propuesta espiritual de don Bosco no parece que tiene mucho que ver ni con la escuela flamenca, ni con la francesa de Bérulle, Olier o Condren. Le fue más familiar la escuela española del siglo XVI, de Teresa de Jesús y de Ignacio de Loyola. Comúnmente se le sitúa como discípulo de san Francisco de Sales, santo al que admira, quiere imitar y propondrá como patrono de los institutos religiosos que funda. Existe ciertamente gran convergencia y afinidad entre ambos santos. En realidad, en ambos hay una sintonía con el patrimonio espiritual italiano que, nacido en el Medioevo franciscano, aparece marcado por el clima humanista de los siglos XV y XVI, cuyas características principales son: piedad sencilla, clara preferencia por la práctica, ascesis interior, búsqueda de la alegría y de la paz del alma, oposición al paganismo y al protestantismo. En diversa medida se encuentran presentes en san Francisco de Sales, san Felipe Neri, san Alfonso María de Liguori y también en don Bosco (Desramaut, 1994, pp. 223-236). Son los rasgos principales que configuran la propuesta educativa de su espiritualidad y a los que vamos a aludir de manera breve y sintética.

1. UNA ESPIRITUALIDAD HUMANISTA

«Profundamente humano y rico en las virtudes de su pueblo, profundamente hombre de Dios y lleno de los dones del Espíritu Santo», así presentan las Constituciones de la Sociedad Salesiana a don Bosco (art. 21). Grande en humanidad, fue igualmente grande en vida sobrenatural. Quizá, incluso, lo que a primera vista impresionaba en don Bosco era el hombre, no el santo.

«Todo es humano en don Bosco, escribió Daniel Rops, y, al mismo tiempo, todo revela misteriosamente una luz sobrenatural». Quizá radica aquí el verdadero secreto de su santidad, en el logro de la integración armoniosa de esta doble dimensión: humana y divina; integración entre naturaleza y gracia, razón y fe, tierra y cielo, hombre y Dios.

Por su formación alfonsiana y antijansenista, y por convicción adquirida, el sacerdote Juan Bosco admira la naturaleza humana, las maravillas del pensamiento, del amor, del valor, reconoce la grandeza del ser humano, confía en el hombre y en sus capacidades, de manera realista, sin caer en la ingenuidad del puro humanismo. Mantiene siempre la visión cristiana del hombre, pecador y redimido. Su sistema pedagógico se fundamenta en la razón, la amabilidad y la religión; no hay en él espacio para el autoritarismo, para la inflexibilidad. Por encima de la «frialidad del reglamento», deben prevalecer las razones de la bondad y del corazón, porque la educación, para don Bosco, es «cosa del corazón» y le es consustancial la confianza.

La pedagogía de don Bosco es una pedagogía de la confianza. Pide al educador confiar en el joven para hacer posible la confianza de este en el educador. Su opción por los jóvenes va unida a un fuerte optimismo educativo. Escribe en la introducción al Reglamento que, la juventud: No es de por sí perversa... Si sucede alguna vez que ya están dañados a esa edad, es más por inconsciencia que por malicia consumada. Estos jóvenes tienen verdaderamente necesidad de una mano amiga, que tome cuidado de ellos, los cultive, los guíe a la virtud, los aleje del vicio (Bosco, 2012d, pp. 82-83).

En las biografías que escribe sobre algunos jóvenes del Oratorio muestra que es posible conducir hasta niveles de perfección en la vida cristiana a quien está particularmente dotado (Domingo Savio); de recuperar a quien ha tenido un pasado menos favorable (Miguel Magone); y de acompañar hasta llegar a un desarrollo satisfactorio a quien dispone de recursos normales (Francisco Besucco). En el fondo de esta confianza en los jóvenes está la confianza radical en la persona humana, que procede de la convicción de su dignidad, de su valor absoluto en cuanto persona, creada por Dios a su imagen y semejanza. Don Bosco bebe este humanismo en las fuentes del llamado humanismo devoto de san Francisco de Sales, que le lleva a una visión optimista de la vida, del mundo y, en particular, de los jóvenes. Y esta matriz salesiana está en la raíz de su espiritualidad. De manera muy sencilla se podría decir que su espiritualidad, como su pedagogía, se basan en dos ejes: la confianza en Dios que no abandona nunca

a su creatura y la confianza en el corazón del hombre (Desramaut, 1996, p. 63).

1. UNA ESPIRITUALIDAD SENCILLA

La espiritualidad que don Bosco vive y propone es verdaderamente sencilla, de manera particular en cuanto se refiere a los ejercicios y prácticas de piedad. Recomendaba las prácticas de piedad comunes en su ambiente, con la excepción, quizá, del ejercicio de la buena muerte, al que siempre concedió gran importancia. Un documento importante que manifiesta no solo las prácticas de piedad que don Bosco proponía a los muchachos de Valdocco, sino que presenta también un plan de vida cristiana para ayudarles a mantenerse alegres, es el libro que les dedica y que se usaba normalmente en el Oratorio: *El joven cristiano* (Bosco, 1978, pp. 503-544). Según Stella, se puede decir que la vida religiosa que promovía don Bosco, se articulaba en un sistema de prácticas comunes. Se trataba de las prácticas prescritas o sugeridas por el catecismo diocesano de Turín y de otras diócesis del Piamonte: oraciones de la mañana y de la tarde, la misa, en la que se recitaba el rosario, la visita al Santísimo, y especialmente la frecuencia de los sacramentos (Stella, 1969a, pp. 303-346). No le gustaba multiplicar las prácticas de piedad. Si se las compara con las de su más constante maestro, san Alfonso de Liguori, se puede constatar una clara tendencia a la sencillez y simplificación. No pretendía una espiritualidad para grupos especializados, pero exigía un mínimo de prácticas sin el cual toda la vida religiosa se desmorona. «Yo no exijo más que lo que hace todo buen cristiano, pero procuro que estas oraciones se hagan bien», fue, según Juan Bautista Anfossi, su respuesta a una persona que le reprochaba las numerosas oraciones de sus muchachos.

Don Bosco habló poco de la oración metódica, pero inculcó una especie de contemplación habitual, que llamaba frecuentemente espíritu de oración, unión con Dios; e insistió mucho en los sacramentos, Penitencia y Eucaristía, y en la devoción a la Virgen. En este estilo de piedad sencilla y en su rechazo de métodos, incluso de los menos complicados, se puede percibir con mayor claridad el influjo del patrimonio espiritual italiano. Y en ello se distingue también de otros autores espirituales franceses o españoles, incluso de san Francisco de Sales. Si llegó a leer la *Introducción a la vida devota*, ciertamente no siguió el mecanismo de meditación propuesto por el Obispo de Ginebra.

2. UNA ESPIRITUALIDAD PRÁCTICA

La espiritualidad que don Bosco promueve no es tampoco teórica o especulativa; es más bien una espiritualidad práctica, orientada a la acción. En realidad, don Bosco refleja en su espiritualidad, su temperamento de campesino piamontés, equilibrado, concreto, realista y realizador; y propone una espiritualidad activa: hay que construirse a sí mismo, participar en la construcción de la sociedad y de la Iglesia, servir al Señor con alegría.

Una de las convicciones profundas de la vida espiritual de san Juan Bosco la expresa y la hace rezar de manera muy sencilla: «Yo he sido creado por Dios para conocerle, amarle y servirle en esta vida y después gozar con él en el paraíso» (Bosco, 1858, p. 83). Según Desramaut, su verbo preferido era el tercero. De manera que, con frecuencia, don Bosco decía simplemente: «Dios nos ha creado para servirle», y cuando quería presentar a sus jóvenes un método de vida cristiana, procuraba ponerlos en condiciones de poder decir: «sirvamos al Señor con alegría» (Desramaut, 1994, pp. 189-209).

Todo en don Bosco, tanto su vida espiritual como apostólica se ordenaba a la gloria de Dios, que constituía la norma suprema de la perfección de sus actos. Es el testimonio más repetido de cuantos vivieron con él: «lo hacía todo a la mayor gloria de Dios», «trabajaba siempre para la mayor gloria de Dios y salvación de las almas». Don Bosco unió siempre a la piedad, la caridad activa. Quizá podemos encontrar aquí la clave de su espiritualidad.

Cuando Domingo Savio le manifiesta su gran deseo de hacerse santo, don Bosco dice: Lo primero que se le aconsejó para hacerse santo fue emplearse en ganar almas para Dios, porque no hay cosa más santa en el mundo que cooperar al bien de las almas, por cuya salvación Jesucristo derramó hasta la última gota de su preciosa sangre (Bosco, 2012f, p. 80). Y lo que aconsejaba a sus jóvenes, lo proponía a los primeros salesianos. En una de las primeras redacciones de las Constituciones Salesianas escribe: El fin de esta sociedad es el de reunir a sus miembros eclesiásticos, clérigos y seglares, para perfeccionarse a sí mismos imitando las virtudes de nuestro Divino Salvador, sobre todo la caridad con los muchachos pobres (MBe, p. 663, vol. 5). En don Bosco, la caridad activa es caridad apostólica, caridad pastoral. Es el camino de su propia santidad y también el camino que propone a todos.

3. VIVIR SIEMPRE ALEGRES

La vida espiritual de don Bosco, así como su propuesta de santidad a los jóvenes y a los primeros salesianos se caracterizó siempre por una alegría sin igual. Pablo VI dice que la fuente de la alegría no ha cesado de manar en la Iglesia, y, especialmente, en el corazón de los santos. Él mismo se hace eco de esta experiencia espiritual, «que ilustra según los carismas peculiares y las vocaciones diversas, el misterio de la alegría cristiana» (GD, 33), evocando, entre otras, las figuras de san Bernardo, santo Domingo, santa Teresa de Jesús, san Francisco de Sales y san Juan Bosco.

Ciertamente, uno de los aspectos que llama la atención en la espiritualidad y santidad de don Bosco es su actitud de sencillez y alegría, que hace, quizá, parecer fácil y natural lo que en realidad es arduo y sobrenatural. Toda su vida rebosa gozo y alegría. La alegría era para él como el palpitar del corazón, como el aire para respirar. En él, significaba muchas cosas: el gozo de vivir manifestado en lo cotidiano, la aceptación de los acontecimientos como camino concreto de la voluntad de Dios, la confianza en lo positivo de las personas, el sentido profundo del bien y la convicción de que siempre es más fuerte que el mal, la acogida ponderada de los valores de los tiempos nuevos. Pero, en su enseñanza, la verdadera alegría radica especialmente en la santidad. No pueden extrañar las palabras que pone en labios de Domingo Savio dirigidas a su amigo Gavio, apenas llegado al Oratorio: «nosotros aquí hacemos consistir la santidad en estar muy alegres» (Bosco, 2012f, 108).

Al mismo tiempo, don Bosco está convencido de que la fuente de la alegría está en Dios; por eso, su insistencia en la confesión y la comunión. Siendo todavía niño, funda la Sociedad de la alegría; desde el comienzo del Oratorio quiere que toda su obra sea y se convierta en una «sociedad de la alegría», en la que a los muchachos se les dé «amplia posibilidad de saltar, correr, gritar a placer», siguiendo la recomendación de san Felipe Neri: «Haced todo lo que queráis, a mí me basta con que no cometáis pecados» (Bosco, 2012b, 168). De una manera muy sencilla, a Francisco Besucco, a su llegada al Oratorio le propone: «Si que hacerte bueno haz solo tres cosas y todo irá bien: alegría, estudio y piedad. Este es el gran programa: practicándolo podrás vivir feliz y hacer mucho bien a tu alma» (Bosco, 2012a, 250).

4. ASCESIS INTERIOR

La espiritualidad de la alegría que promueve don Bosco no está reñida con la ascesis; al contrario, ocupa en ella un puesto primordial. Es cierto que nunca buscó ni predicó la mortificación por sí misma. Pero la vivió desde niño y la exigió a los suyos como condición para la disponibilidad en el servicio a Dios y al prójimo. El lema y programa espiritual que deja a la Congregación Salesiana, «da mihi animas, cetera tolle» no solo expresa la unidad entre la experiencia espiritual y la acción apostólica, sino también la unidad entre mística y ascética.

Don Bosco aconsejaba prudencia ante algunas mortificaciones concretas, especialmente si podía correr peligro la salud. Pero en su imaginario espiritual no falta nunca la ascesis. Tras su imposición de sotana, consciente de que debe reformar su vida, escribe entre sus propósitos:

«Amaré y practicaré el recogimiento y la templanza en el comer y beber; no descansaré más que las horas estrictamente necesarias para la salud» (MO, p. 61). Es un signo de la importancia que dio a lo largo de toda su vida a la renuncia y mortificación.

ORACIÓN FINAL

Oh Padre y maestro de la juventud, San Juan Bosco, que tanto trabajasteis por la salvación de las almas, sed nuestra guía en buscar el bien de la nuestra y la salvación del prójimo, ayudadnos a vencer las pasiones y el respeto humano, enséñanos a amar a Jesús Sacramentado, a María Santísima Auxiliadora y al Papa, y obtenednos de Dios una santa muerte, para que podamos un día hallarnos juntos en el Cielo. Así sea.